

caduz con un discurrir sonoro, pletórico. Más arriba se van escalando los banales, las terrazas alheras, la llecas incultivadas, hasta donde se empinan los riscos, potros bravíos entre jaras y breñas y encinas de bronce. Pero, sobre todo, aquellas cumbres excelsas: atalaya de leguas y leguas de horizonte.

Llerena, el poeta, mi poeta preferido, subió una mañana de Julio, inmensa y luminosa.

Las nieblas dormidas en hoyas y barrancas, lavantábanse al incendio del sol. Llerena dejaba atrás los últimos campos cultivados, las pequeñas josas, los frutales colgados ya inverosímilmente; se acercó a uno de ellos, que recibía en la frescura de su follaje el beso de la mañana niña, y le sorprendió de pronto un abejo laborioso y madrugador de dorados insectos. Pasaba bajo la negra fronda de las encinas, que se retorcián valientes, y le tendían un palio de sombras como un arco triunfal; saltaba decidido por los primeros riscos y crujía a su paso la maleza enmarañada, puerta misteriosa a la tierra virgen. Ahora pisaba unas canteras del color blanco y estéril de las alcarrazas. Y saltando peñas, descansando a ratos, llenándose de olor de jara y de sierra, llegó ávido, vencedor, a los últimos picos de la crestería. Toda una geografía se le ofreció a sus pies destellante de colores, luminosa, múltiple. El cielo presentaba su arco distendido, tan limpio, tan brillante, tan glorioso, que parecía haber sido bruñido en un inmenso alabastro de nácar y azul.

Umbrías de pinares con sus puntas afiladas como agujas de catedral gótica; cerros, mamblas, ríos dormidos, calveros, alijares, machíos, soianas, toda la policromía de unos horizontes maravillosos. Los valles parecían respirar el aliento de las nieblas y aparecían aun más frescos los colores dorados del sol mañanero. Llerena, el poeta, mi poeta preferido, disfrutaba. Sentado en un peñón parecía la escultura del famoso pensador francés. Un águila cernía el orgullo de su vuelo; a Llerena le vino el recuerdo de los imperios pasados. Meditaba; hubiera querido quedar petrificado siempre, contemplando así la vida, en aquel nido de águilas reales. Y es que desde allí, aquello, parecía un pedazo de eternidad.

IDEARIO EXTREMEÑO

... La ley es por demás—cuando el rey que la establece—no la guarda, o la descrece—echándolo todo atrás.

LUIS DE MIRANDA

De zafios haz muy ufanos,—esta maldita riqueza,—y la muy santa pobreza,—de buenos, tristes villanos.

DIEGO SÁNCHEZ